

HUGO HIRIART

Diario infinitesimal

EN LA GUSANERA

76

LETRAS LIBRES
JULIO 2012

LA REALIDAD MÁS PRESENTE y punzante de México es la del pastel mal repartido. Unos gozan de sobra todos los bienes materiales mientras otros, la mayoría, tienen gradualmente menos y menos hasta carecer de todo bien y sobrevivir en la marginación económica, cultural, de salud, legal o cualquier otra clase de protección. Hasta un niño percibe y entiende que México es injusto. Alguna noción de justicia se forma en el niño conforme se va desarrollando su inteligencia y comprensión de las cosas. Cualquiera, digo, menos los políticos mexicanos, porque la palabra *justicia* ha sido por completo proscrita de su vocabulario político.

¿Esa proscripción a qué obedece? A muchas cosas, me parece. Una es que los afortunados dueños de los bienes, los beneficiados con la situación desastrosa, han decidido que ese tema no debe tocarse sino esconderse. ¿Dónde? En la información, justamente, en el estruendo cada día más atronador que produce la industria de la información. Entonces, se tolera exhortar a que se trate o intente que los depauperados estén un poco mejor, pero, eso sí, sin que implique de ninguna manera que los enriquecidos cedan de lo que tienen ni un poco, nada, ni un centavo. Es decir, es tabú pedir que se reparta un poco mejor el pastel, que aminore la injusticia.

Al revés: en nuestros despiadados tiempos se ha llegado a sostener que para que los desheredados dejen de ser tan miserables es económicamente necesario, demostrable con razonamientos primorosos, que los ricos sean más ricos. Y se ha de inmediato puesto en práctica grotesca, con brío y entusiasmo ejemplares, tan extraña e inhumana doctrina.

Así pues, la *justicia*, que trata de repartir un poquito mejor el pastel, no puede ni mencionarse. Es muy peligroso alarmar al capital, se dice, porque en caso de susto abandona de inmediato México sin medir consecuencias, ya que no conoce patriotismo alguno y su única lealtad es hacia el dinero.

¿Es México una plutocracia? En muchos sentidos, pese a nuestra incipiente democracia, México es un país gobernado

por el dinero. Así lo indica, por ejemplo, la cleptocracia, *id est*, la impunidad de poderosos y adinerados, una de las más deplorables e hirientes características de nuestra nación.

Lo que sucede es que si trata de ocultar sistemáticamente la injusticia reinante, evidente a todos con solo abrir los ojos, si se proscribe la palabra que nombra esa realidad, se percibe de inmediato, aunque sea oscuramente, que hay ahí una mentira. Y el ocultamiento, la mentira constante, acaban por envilecerlo todo: el régimen, el partido, los mandos altos y bajos, todo se impregna de un tinte de irrealidad y engaño que llevan a la ciudadanía al fondo del desencanto y la irritación.

Asegura un sabio chino que el signo primero del humano inteligente es la frecuencia con que cae en la duda. Duda y vuelve a dudar. El tonto, en cambio, no duda, está seguro, segurísimo de muchas cosas, tiene certezas. En política, por ejemplo, al tonto no le cabe la menor duda de que su candidato va a ser un gran presidente y que, en consecuencia, sería una gran desgracia que no resultara electo.

Esta actitud no es solo mema, sino peligrosa: este tipo de infundadas certidumbres son formas apenas veladas de fanatización y conducen fácilmente, como toda fanatización, al arrebato, la tropelía o la violencia. La historia reciente ha probado hasta la saciedad que no hay sujeto más ponzoñoso para la vida social que quien está seguro de tener no solo la razón, sino toda la razón. De ahí a estimar que tus adversarios son deshonestos conspiradores de mala fe, con razones para actuar putrefactas en extremo, no hay más que un paso, que suele darse.

Esta es, creo, por desgracia, una situación que se ha hecho frecuente en este momento de la vida del país con las tan repulsivas campañas presidenciales. La gente le concede demasiado valor y trascendencia a la elección. No tiene razón: quien sea el presidente no es tan importante. Creo que ha quedado probado que cualquiera, aun el más inepto o venal, puede ser elevado a presidente sin que todo se venga abajo. México cuenta ya con mecanismos suficientes para salvaguardar su estructura básica. Ni siquiera los políticos mexicanos, los más torpes y aviesos del mundo, han podido destruirlo. ❧

ROGER BARTRA

Sinapsis

DEMOCRATIZAR A LA DEMOCRACIA


MUCHOS ANALISTAS HAN LLEGADO a la conclusión de que la democracia política es un proceso vivo que desde la segunda mitad del siglo XX está sufriendo una profunda transformación. Uno de los más brillantes historiadores de la democracia, John Keane, está convencido de que está naciendo una nueva forma democrática que puede ser definida como posrepresentativa, no porque abandone las formas de representación basadas en el voto libre de la ciudadanía, sino porque agrega a estos procesos tradicionales nuevos y poderosos mecanismos de escrutinio no parlamentario. Se trata, según Keane, de una democracia monitoria (*monitory democracy*) en la que se multiplican los mecanismos monitores que permiten vigilar a los poderes establecidos e informar a la sociedad sobre su funcionamiento. Se trata de funciones realizadas por grupos e instituciones independientes que suelen amonestar, conminar o reprender a los poderes políticos y que alertan públicamente y reparten moniciones sobre el malfuncionamiento del gobierno y de los malos manejos de los políticos, los funcionarios y los representantes. John Keane, profesor en la Universidad de Westminster en Londres, desarrolla esta idea en su monumental historia de la democracia (*The Life and Death of Democracy*, 2009), donde ofrece una visión no convencional, novedosa y provocadora. “Es como si la democracia misma –dice Keane– hubiera comenzado finalmente a ser democratizada, hasta el punto en que los antropólogos están mejor equipados que los politólogos para entender sus expresiones” (p. 687). Creo que lentamente está creciendo en muchos países una nueva cultura que impulsa una multitud heterogénea de fenómenos, que van desde los consejos ciudadanos, auditorías populares y organizaciones en defensa de los derechos humanos, hasta asociaciones internacionales de observación, instituciones autónomas de vigilancia y grupos que monitorean los abusos de poder. Keane tiene toda la razón cuando afirma que la maquinaria tradicional de la democracia representativa no es capaz de impedir que criminales políticos ocupen el poder, ni puede promover una cultura de respeto por la sociedad civil, el estado de derecho y la confianza en el gobierno. Los controles públicos e independientes son mucho más efectivos en la preparación de la sociedad para que se convierta en el sustento de una democracia duradera.

Traigo a colación estas ideas, tomadas de un libro que recomiendo calurosamente, pues cuando se publiquen estas líneas es probable que haya sido electo en México un presidente surgido del antiguo partido autoritario. Ello significaría que se abre en México la peligrosa alternativa de una evolución política similar a la que encabeza Vladimir Putin en Rusia, donde la transición ha traído el retorno de viejos políticos autoritarios, corruptos y represores. Dejaron de ser socialistas, abrazaron el capitalismo en

sus variantes más bárbaras y han bloqueado la expansión de una democracia avanzada, en gran medida debido a la precariedad de las organizaciones monitoras y de la debilidad de una sociedad civil sólidamente afincada en una cultura moderna.

Se trataría de un intento por restaurar el antiguo régimen. Sin embargo, no creo que se pueda retornar a la situación política que prevaleció durante el siglo XX, con su sistema autoritario de partido único. Con todo lo embrionarias que puedan ser las nuevas instituciones democráticas en México, ellas se han consolidado mucho y es difícil que puedan ser eliminadas. Pero sí es factible que un intento de restauración desemboque en la formación de un poder presidencial duro e impermeable, apoyado por los veinte gobernadores del PRI, por los monopolios de la televisión, por grandes sindicatos y por una gran parte de la clase empresarial. En una situación semejante, que yo espero sinceramente que no ocurra, y que sería indeseable, no es seguro de que los partidos de oposición, por sí mismos, puedan frenar las tendencias autoritarias. Es necesario que operen los mecanismos de la democracia monitoria (o monitora), que en México tienen aún una presencia marginal.

Es probable que el partido que gane las elecciones presidenciales lo logre con un porcentaje relativamente bajo, menor al 40%. Si ello es así, no tardaremos en estar discutiendo la posibilidad o la necesidad de que se realice un pacto para apuntalar la legitimidad del partido ganador y para facilitar la gobernabilidad. Incluso tal vez se discuta la posibilidad de un gobierno de coalición. En estas discusiones y negociaciones acaso surja la alternativa de frenar las tendencias autoritarias a las que me he referido.

Pero lo más importante serán las tendencias que impulsen la democratización de la democracia y la expansión de los grupos e instituciones independientes y autónomos que sean capaces de convertirse en sofisticados y modernos monitores del sistema político. 

77

LETRAS LIBRES
JULIO 2012

ENRIQUE SERÑA

Aerolitos

LA INTELIGENCIA ILETRADA

78

LETRAS LIBRES
JULIO 2012

POR UN PREJUICIO ARISTOCRÁTICO MILENARIO, la sabiduría libresca siempre ha despreciado a la inteligencia práctica, pero como esa inteligencia gobierna el mundo, cada vez arrincona más a la minoría culta que pretende humanizarla o inculcarle valores éticos. Las letras y las humanidades tienen una aureola de prestigio que algunos codician, pero el verdadero poder está en otra parte: en las ciencias, en la economía, en la tecnología y en la política. Esas inteligencias nos han avasallado y en vez de condenarlas desde una posición santurrón y a la vez envidiosa, quizá deberíamos entender cómo funcionan. La mayéutica no era solo un ideal educativo democratizador: su eficacia se comprueba a diario en las aulas, en las calles y hasta en los bajos fondos. Todos poseemos en el alma la capacidad de aprender, incluso las lacras de la sociedad. En la *República*, Sócrates declara su admiración por la inteligencia de los pillos: “¿No has observado aún hasta dónde llega la sagacidad de esos hombres a quienes se da el nombre de pícaros redomados, y con qué penetración su mísera alma distingue todo aquello que le interesa? Son tanto más perjudiciales cuanto más clarividentes.” Los libros no son la única vía de acceso al aprendizaje: una mente despierta puede encontrar muchas otras, sin necesidad de tener un mentor tan agudo y exigente como Sócrates. La inteligencia en estado bruto nunca se ha subordinado al poder intelectual, pero lo contrario ha ocurrido infinidad de veces: la historia universal está llena de tiranos y caudillos que usaron a los letrados para encumbrarse y después los desecharon con insolencia (en México, Santa Anna dio ese trato más de una vez a Lucas Alamán y a Valentín Gómez Farías). Cuando el poder del intelecto no influye en la sociedad y solo aspira a ser la materia gris detrás del trono, invariablemente queda aplastado por la inteligencia pragmática del pillo al que pretendía controlar.

¿Significa esto que los fascistas tienen razón cuando dicen que la única superioridad verdadera radica en la fuerza? No, porque la inteligencia que se requiere para alcanzar y conservar el poder generalmente sucumbe a su propio vértigo

cuando no tiene otros contrapesos. Pero como el saber libresco descalifica de entrada el saber práctico y la habilidad política, tampoco puede combatirlos con eficacia, como acabamos de comprobar en la contienda electoral recién terminada, en la que toda la comunidad cultural hizo objeto de escarnio a un iletrado astuto que a estas alturas, si la revuelta estudiantil no hizo recapacitar a las masas, quizá esté festejando el triunfo de su organización delictiva. En el Renacimiento, Erasmo de Rotterdam recordó a los humanistas los límites de su infatuado magisterio: “El sabio se refugia en los libros de los antiguos, de los que aprende meras sutilezas de palabras. El insensato, en cambio, lo prueba todo y se enfrenta a los peligros cara a cara. Esto ya lo vio Homero al decir que el necio aprende por los hechos.” Reconocer que ese tipo de aprendizaje tiene igual o mayor importancia que el adquirido en las universidades no solo es necesario para rendir honores a la verdad, sino para revitalizar la imaginación y la inteligencia especulativa.

Quien sabe leer con acierto la realidad, quizá no necesite demasiado el auxilio de los libros, ya sea un escritor o un hombre de Estado. La Bruyère esbozó esa idea en uno de los mejores pasajes de sus *Caracteres*: “Una buena cabeza que ha fortalecido el temple del espíritu con una gran experiencia, un hombre que por la amplitud de sus miras y su penetración se vuelve amo de todas las situaciones, puede decir fácilmente y sin comprometerse que jamás lee.” Vuelta al revés, la sentencia de La Bruyère también tiene validez: un lector voraz que no tiene ideas propias y se siente abrumado ante las dificultades de la existencia, desprestigia la lectura a los ojos de los demás. Según los sabios antiguos y modernos, la cima de la inteligencia consiste en la capacidad de abstracción, en el manejo de ideas complejas, con pocos o nulos asideros en la realidad. Según este criterio, el centenar de maestros de filosofía que se han devanado los sesos para descifrar los acertijos de Heidegger tienen derecho a ver al resto de la humanidad por encima del hombro. Pero la superioridad fundada en la sutileza especulativa también ha sido puesta en duda por algunos filósofos que sostuvieron la superioridad de la intuición sobre la abstracción. Schopenhauer creía que el principal defecto de la filosofía alemana había sido perderse en un dédalo de abstracciones, y consideraba que las mentes inferiores se refugiaban en él para ocultar su incapacidad. Como los exégetas de las universidades sobrestiman la capacidad de abstracción y forman cotos de poder para defenderla, quienes la impugnan suelen ser tachados de estúpidos. Pero la inteligencia iletrada, rica en intuiciones, ni siquiera necesita defenderse de los ataques que le lanzan los eruditos: les arroja dádivas desde el trono con una mueca sarcástica. ❧

ESCRIBÍA MI TESIS SOBRE EL GRUPO de los Contemporáneos en 1980. Me intrigaba el doctor Bernardo J. Gastélum, funcionario de Salubridad y Educación que en 1928 les daba trabajo a esos poetas y financiaba en parte su revista. Ayuno de información biográfica (no encontraba ni el año de su muerte), y pensando que por disciplina de médico y alto cuadro habría llevado un buen archivo, se me ocurrió buscar a un descendiente en el directorio telefónico.

Había cuatro o cinco personas con el apellido. Marqué al azar y contestó una hija que de inmediato remarcó su condición de señorita. Altiva y formal, rozando lo huraño, la señorita Gastélum me recibió dos días más tarde. Un rostro de papel arroz, poco agraciado, algo de rubor y colorete, perfume como un velo avejentado. Sirvió café. Más que responder, dictaba. Me mostró una condecoración francesa y las obligatorias fotos: “Mire usted, aquí estoy con mi padre en 1916 en Culiacán. Aquí estoy yo con mi moño blanco...” Cuando le pregunté si había un archivo me llevó a una oficina opaca (“aquí daba consulta”) que olía a alcohol rancio y calomelanos caducos; un escritorio macizo, un gabinete con instrumental médico, algunos libros... Pero no. Archivo no.

Cuando comencé a despedirme la señorita titubeó: “Pero... qué extraño que se vaya”, dijo, “pensé que había venido a saludarlo”. No entendí, pero fui tras ella sin decir palabra. Bajamos a otro piso y llegamos a un comedor enorme. Y ahí, ante la cabecera de una larga mesa, estaba el doctor Gastélum, casi centenario.

Con energía teatral la señora le dijo hablando fuerte: “Mire, papacito, este joven vino a saludarlo porque está escribiendo un libro sobre usted.”

Enjuto, casi translúcido, el doctor Gastélum volteó con lentitud de quelonio, me estudió despacio con ojos nebulosos, indiferentemente clínicos, y luego retomó su perfil impávido. Una enfermera rolliza miraba la escena, divertida, sentada a su vera. El viejo abrió ampliamente la boca desdentada en la que la mujer metió un tanto de papilla con pericia diligente. El predecible gato veía pasar carros por la ventana.

—¿No le da gusto, papacito?

Era obvio que no le daba gusto. A mí sí, pasmado de hallarme ante un hombre al que creía difunto hacía lustros. La situación era tan novelesca que escuché el acorde orquestal para acentuar el vertiginoso trastocamiento de relojes. Un paréntesis al que el mobiliario obeso y los bibelots cursis, congelados en 1948, le imponían una realidad concreta y fantasmal.

—El señor escribe sobre usted, papacito y sobre sus amigos; sobre Pepe Gorostiza y Jaime Torres Bodet y...

El viejo dejó de trajinar su alimento al escuchar los nombres. Tragó, hizo una decidida calistenia con las quijadas, abrió la boca desmesuradamente mientras agitaba una mano larguísima. La solícita enfermera produjo una dentadura macabra con que procedió a poblar la boca. La señorita manifestó su vergüenza con tres toses púdicas.

Ya armado, el viejo volteó a mirarme y señaló una silla con un gesto imperativo. “El señor ya se iba, papacito, solo quería saludarlo.” Pero el viejo la desdeñó con un gruñido, meneó la boca como haciendo un buche, se llenó de aire y habló. Una voz cascada por un siglo de uso, pero aún con el aplomo de alguien acostumbrado a dar órdenes:

GUILLERMO SHERIDAN

Saltapatrás

ARCHIVO MUERTO

—Dígame, Jaime, ¿cómo va el nuevo número? ¿Ya entró a la imprenta?

El doctor Gastélum habitaba —o por lo menos visitó en ese instante— una fisura temporal: estábamos en 1930 y yo me había convertido en Torres Bodet, con todo y pomada en el pelo y corbata. ¡Qué maravilla: siempre sí había archivo, un *archivo vivo*, verbal, de primera mano!

—Sí, doctor —le contesté con voz fuerte—. Lo acabamos de llevar a la imprenta de Loera y Chávez.

—Bien —dijo con gallardía—. Y dígame, Jaime, ¿viene mi ensayo?

—Sí, doctor, desde luego, en primer lugar...

—Bien. Y dígame, ¿qué vamos a hacer con Novo?

Pero el milagro fue excesivo. La señorita Gastélum intervino con la bienintencionada, impaciente tontería de los hijos apenados por sus padres: “No, no, papacito, el señor no es Torres...” Temeroso de que rompiese el instante en que historia y memoria se juntaban, la tomé del brazo, la llevé aparte y le dije: “Señorita, por favor...” y ella dijo: “¿No se da cuenta de que está desvariando?” “No. No desvaría. Estamos en otro tiempo, y lo estamos disfrutando ¿por qué no nos permite quedarnos ahí?”

La señorita me miró con desprecio: “Usted no tiene corazón”, dijo, se puso melodramática y me ordenó despedirme. “Pero, señorita...” Inútil. Volví con el viejo, quizá si él daba la orden... La mujer se adelantó y le gritó: “Este no es Jaime Torres Bodet, papacito, y ya se va.” El viejo, alterado, hizo entonces algo maravilloso: convocó todas sus fuerzas, soltó un bufido iracundo y con un vigoroso movimiento del cuello escupió la dentadura. Cayó con tal estrépito en el plato de papilla que el gato erizó un maullido y corrió a esconderse.

Resignado, le extendí la mano al doctor. No me hizo ya caso. Sin dejar de sonreír, ladinamente, la enfermera comenzó a limpiar.

Un minuto más tarde tomé un taxi hacia 1981.

El archivo Gastélum se cerró, definitivamente, dos meses más tarde. ☞